Su dia de suerte

Juan Carlos Pereletegui



Siete de la mañana. Cándido sale de su casa y llama al ascensor mientras mira de reojo la puerta contigua a la suya. El ascensor llega pronto, demasiado pronto. Entra renuente, sin pulsar el botón de la planta baja. Ya se cierran las puertas cuando su vecina se cuela en tromba. Buen días vecino, buenos días subinspectora García, ¿a cazar a los malos? La subinspectora se limita a asentir con la cabeza, con un gesto cansado. Cándido quarda silencio. En la calle se despiden con palabras banales, Cándido echa un último vistazo por encima del hombro. El ceñido pantalón del traje chaqueta dibuja perfectamente el trasero de la subinspectora Malena García. Suspira y se dirige hacia su taxi. Veinte minutos después está en la entrada de una urbanización de lujo, como todos las mañanas de los últimos diez años, para recoger a D. Aquilino Cardo, director del mayor centro comercial de la ciudad. Es un hombre desagradable, próximo a la jubilación, quisquilloso e irascible. iHa llegado tarde! Menos de dos minutos, D. Aguilino. iEso es tarde! iY este aire acondicionado está flojo! iPor qué frena? iNo frene! iSiga! iSiga! Cándido no hace caso, es una emigrante africana que cruza el paso de cebra empujando un cochecito de niño. Ella se lo agradece con una inclinación de cabeza y Cándido corresponde con sonrisa mientras D. Aquilino ruge como un energúmeno: iLa sirena! iPonga la sirena! D. Aquilino, que me la juego. iLa sirena! iEs una orden! Como todos los taxistas de la ciudad, Cándido lleva una sirena, cortesía de la policía municipal, para casos de emergencia extrema. Sabe usted que no puedo usarla sin causa justificada... iNo le consiento que me contradiga! iPonga la sirena! El taxi se abre camino entre el tráfico de la mañana y con el ulular atronador sobre su cabeza, D. Aquilino se repantiga en el asiento trasero. Así está mejor. Es imprescindible que llegue a la oficina cuanto antes, la noche mágica se acerca, el año pasado hicimos más de dos millones de caja y este año nos tenemos que superar... pero esta vez los de los furgones blindados se van a quedar con un palmo de narices, iladrones!, que si es una noche especial, que si hay poco servicio, que si tienen que traer refuerzos... iexcusas para sablearnos!, pero esta vez que se vayan a robar a otro lado... he comprado una supercaja que me ha costado la mitad de lo que me cobran esos salteadores con uniforme, así que la recaudación se quedará en el híper, y saldrá al día siguiente con el servicio regular de cajas, nada de pagar diez veces más por servicios especiales... encima he hecho el negocio redondo: les he vendido la caja fuerte que tenemos ahora, que no está nada mal, a unos chinos que me la han

pagado como si fuera oro. Le he ahorrado a la empresa varios miles de euros, en la central están que no se lo creen...

El centro comercial se encuentra muy en las afueras, en medio de la nada. Un alcalde de otro tiempo, apodado *El Ramsés* por la ciudadanía, intentó construir un aeropuerto pero nunca obtuvo los permisos necesarios y reconvertirlo en centro comercial fue la única solución posible. D. Aquilino baja sin despedirse y cuando desaparece por la puerta de entrada Cándido le obsequia con una peineta.

Como ya te habrás dado cuenta, diez años de idas y venidas habían convertido a Cándido en el saco de la basura de D. Aquilino. Ahí descargaba todo lo que no le podía contar a ningún otro... por algo era viejo, gruñón y soltero. Por supuesto que Cándido intentará hacerse con esos dos millones de euros, pero esta historia no va de los cómos sino de los porqués... y de sus consecuencias. En realidad, cada día de esos diez años lo único en lo que Cándido pensaba, mientras D. Aquilino desataba desde el asiento de atrás su verborrea llena de insultos, era que le encantaría atracar una noche el centro comercial, solo para ver cómo le daba un infarto a su aborrecido pasajero. Luego lo descargaba en la puerta de la oficina y se olvidaba de su fantasía hasta el día siguiente. Déjame que te hable un poco de Cándido. Bonachón como solo él lo puede ser, tenía una relación de pareja que ni él ni ella sabían muy bien a donde iba (bueno, ella sí, pronto lo verás). Era un tipo vulgar, incapaz de matar a una mosca, su vida era su taxi y hacerse el encontradizo con su vecina... el momento más interesante del día. La verdad es que ella también lo miraba con buenos ojos, pero él tenía pareja y la subinspectora era muy respetuosa con esas cosas, así que todo se reducía a intercambios de saludos de doble sentido mientras bajaban en el ascensor. Hoy has visto a la subinspectora muy apagada, pero es que últimamente no ha tenido buenas noticias.

Cándido vuelve a casa después de un día pésimo en el taxi: viajeros impertinentes, atascos por todas partes, broncas con los autobuseros, broncas con la pasma, broncas con tarados, broncas, broncas, broncas...

Es su cuarenta cumpleaños y al entrar en casa se encuentra una tarta con las velas encendidas... con *dos* velas encendidas. Mira a Rosa, su pareja, que le explica: nos conocimos en tu treinta y ocho cumpleaños,

también es nuestro aniversario; es verdad, lo había olvidado dice Cándido. Has olvidado demasiadas cosas afirma Rosa mientras le alcanza una tarjeta de felicitación. Han sido los dos años más aburridos de mi vida, follas menos que el Ken y eres más soso que un capazo de habas... chao y que te den. Cándido levanta la vista de la tarjeta y Rosa ya está en la puerta con una maleta. Por cierto, se te han terminado los tomates son sus últimas palabras antes de cruzar el umbral. Cándido se queda inmóvil junto a las dos velas que gotean cera sobre la tarta. Al cabo de bastante rato las sopla, sale de casa y se sube al taxi. Pone el cartel de ocupado y circula sin rumbo fijo por la ciudad. De vez en cuando le resbala una lágrima que se seca con rabia, casi con un bofetón. Después de varias horas de conducir de forma automática se topa con el centro comercial, ya silencioso y frío. Cruza por el aparcamiento desierto, rodeando el edificio. Una vuelta... otra, más rápido, y otra más, aumenta la velocidad, pisa a fondo el acelerador al girar una de las esquinas, el taxi derrapa y hace un trompo, a punto de volcar. Con el zarandeo, Cándido casi rompe la ventanilla con la cabeza, pega un frenazo, su frente impacta contra el volante, por un instante hace sonar el claxon con la cara, luego llega el silencio, roto por sus sollozos. Llora como un niño mientras en su frente se abulta un tremendo chichón.

Como ves, el bueno de Cándido no era precisamente Indiana Jones. Su novia lo había dejado sin que él moviera un dedo o dijera una palabra. Rosa, incluso se había permitido una última burla: Cándido se enrabieta como un niño si no tiene tomates para la ensalada. Todo lo que a él se le ocurrió fue conducir sin rumbo y cuando se vio delante del centro comercial, toda su frustración se desató. D. Aquilino se le apareció para recordarle que su vida era una mierda y la fantasía del atraco, y de D. Aquilino palmándola de un infarto, llenó su mente durante unos instantes, hasta que casi se la pega. El golpe en la frente lo trajo a la realidad: iqué coño sabía él de atracar un híper!..., o de atracar un kiosco, ya puestos... pero todo eso estaba a punto de cambiar.

La puerta de atrás se abre y cierra de golpe. Cándido mira por el retrovisor y ve a un negrata modelo NBA con el cuello torcido porque la cabeza le pega en el techo del taxi. Taxi, taxi libre... sssí, sssí, ¿verdad?, libre, libre... venga, adanca... pero adanca ya blanquito, vamosss, vamosss...

Cándido enfila la salida del aparcamiento sin preguntar a donde van. Oye ruido de envoltorios rompiéndose y se fija entonces en la media docena de bolsas del híper que el pasajero ha dejado a su lado, llenas a reventar. Ha abierto un paquete de galletitas y se llena la boca a puñados. Oye, ¿es que está abierto el híper? Pada mí zí, ziempre abierto, ziempre abierto... responde el otro, provocando una explosión de migas de galleta que se incrustan en el cabezal del asiento delantero. ¿Quiedesss algo, blanquito? ¿Tienesss hambre?, dobla podaquí y sssigue todo decto, hasssta que te diga. Cándido hace caso omiso de las indicaciones, gira completamente en la primera rotonda y regresa al centro comercial. ¿Qué hacesss blanquito, no vuelvasss, no vuelvasss... me pilladán! Vas a decirme cómo entras y sales del centro comercial, no, mejor, me lo vas a enseñar, o tiro recto para comisaría.... Amosss no mehodasss blanquito, tienes cada de buena persssona, ¿qué bussscasss, blanquito? ¿paquequiedes que te enssseñe a entrar...? iNo me llames blanquito! iNo me llamesss blanquí to, no me llamesss blanquí to!, el blanquito no quiede que le llame blanquito, ¿entoncesss cómo tengo que llamar al blanquí to? ¡Cándido! ¡Me llamo Cándido! Yo Pichagrande. ¡Qué has dicho? Mi nombre es Legba, que en tu idioma significa Pichagrande. ¡Ya vale! O me enseñas cómo entrar en el centro comercial o te presentaré a mi vecina, la subinspectora García, ella sabrá qué hacer contigo. iSssubinssspectora García! ¿Tú conocesss? Muy buena mujer, muy buena... ¿Conoces a la subinspectora? Sssí, sssí, a ella gusssta pichagrande de Pichagrande... ¿tú amigo sssuyo, ihaber dicho!, ihaber dicho!, yo te llevo, yo te llevo. Legba, o Pichagrande, le indica a Cándido donde dejar el taxi y caminan entre sombras por los límites de la zona de descarga de mercancías hasta una tapa de alcantarilla. Legba rebusca entre unos hierbajos hasta sacar un hierro que seguro que ha utilizado en numerosas ocasiones. Desplaza la tapa de alcantarilla y descienden a la oscuridad. ¿No tienes una linterna? Tranquilo blanquito, Legba sssabe donde va. iNo me llames blanquito! La risa de Pichagrande guía a Cándido en la oscuridad, hasta que se estampa contra su espalda. Aquí, sssilencio aoda. Cándido oye ruido de ladrillos desplazados y luego Legba lo toma con su manaza y lo conduce a través de un agujero en la pared. Siguen caminando en la oscuridad hasta una escalera, suben dos tramos y Legba entreabre una puerta. Un rayo de luz de luna se cuela por la rendija. iAmosss! ¿No hay alarmas? No, hay pájados dentro, ssse dissspadan continuamente, sssolo cámadas, sssígueme pada que no

nos vean. Legba demuestra conocer a la perfección las zonas de sombra de las cámaras de vigilancia y conduce a Cándido hasta las oficinas. Allí está la caja vieja, parece un feo zapatero de hierro, y la nueva *supercaja* de D. Aquilino, un brillante monolito de casi dos metros de altura. A la luz de la luna, Cándido se ve reflejado en el acero de cromado: un tipo cuarentón, barrigudo y con entradas más que incipientes. Tras él, un negro grande como un armario y con un inquietante bulto en la entrepierna que baja por el muslo hasta casi la rodilla. De pronto se echa a reír, se ríe como no lo ha hecho en su vida. Se ríe tanto que Legba le tiene que tapar la boca con su manaza, para no alertar a los guardias que están en la sala de control, un par de tabiques más allá. Retroceden por donde han venido y, al paso, Cándido coge una bandeja de tomates.

Plantado delante de la supercaja, Cándido había concebido un plan. Sabía cómo robarla, con eso se vengaría de las burlas de Rosa y de las humillaciones de D. Aquilino. Se largaría al Caribe con los dos millones y les enviaría una postal de cocoteros y tetas, para que rabiaran hasta reventar. Su plan era perfecto, no podía fallar, además tenía a Legba para ayudarle. Por cierto, ya que hablamos de Legba, debo decirte que sus virtudes están muy exageradas y que lo del folleteo con la subinspectora no fueron más que un par de revolcones ocasionales, que todos tenemos nuestras necesidades.

De nuevo en el taxi, Cándido le dice a Legba que necesitan un camión grande y pesado y el negro lo conduce hasta un descampado en las afueras. En mitad de la noche se acercan a una nave cochambrosa. La luna ilumina una escena desolada: carrocerías calcinadas, colchones destripados, muebles sin futuro... Legba hace sonar la bocina, Cándido da un respingo y una tormenta de ladridos estalla a su alrededor. Legba insiste y al cabo de bastante rato se oye el quejido de unos goznes herrumbrosos y los enfoca una linterna. iPuto negro! Legba hace las presentaciones: Essste blanquito esss Cándido y tiene un plan y essste esss *El Einstein*, el tío más listo que hasss conocido nunca. Puede conseguirte todo lo que necesitas. Para Cándido, *El Einstein* no es más que una luz flotando en el vacío, pero se convence de su naturaleza humana cuando un escupitajo cuajado se estrella sobre sus zapatillas. ¿Qué mierda de plan es ese que merece que me despiertes a las cuatro de la mañana? Un rato más tarde

El Einstein está convencido de que ha valido la pena dejar la cama a una hora tan intempestiva. ¿Y con los seguratas de la sala de control, qué piensas hacer?, si dejas que llamen a la central estamos perdidos. Bueno, había pensado que podrías conseguir algún gas somnífero... iMenuda mierda!, para cuando hiciera efecto tendríamos a toda las pasma encima. ¿Qué sugieres? Medidas drásticas: soy quinto dan de jiu-jitsu, el máximo que se logra en combate, yo me libraré de ellos. Se han sentado sobre cajones de madera que una vez contuvieron piezas de maquinaria, en un almacén-taller-tugurio que bien podría ser el vientre de la Nostromo. Los alumbra una lámpara mugrienta bajo la cual El Einstein resulta ser un septuagenario enjuto y pelón. Para salir de la cama se ha cubierto con un kimono negro que le llega a medio muslo y le da un aire de bujarrón trasnochado. ¿No te lo crees? Mis manos son armas mortales, mis patadas pueden poner un satélite en órbita, Chuck Norris no me duraría ni medio asalto. Cándido se sonríe, lo que provoca la ira de El Einstein. Obliga a Cándido a ponerse en pie. Con mucha ceremonia se ciñe a la frente un retal grasiento que una vez fue rojo, luego junta las manos y parece rezar durante unos minutos. Cándido no lo ve venir. De pronto el pie de El Einstein se estampa contra su cara, sale volando y acaba dando tumbos por el suelo en medio de nubes de polvo. Me ha convencido, es todo lo que consique decir mientras Legba le ayuda a ponerse en pie.

Amanece cuando Cándido aparca el taxi y entra en el portal de su casa con la bandeja de tomates en la mano, la mitad de la cara amoratada, el chichón en la frente y la ropa sucia de sangre, grasa y mugre. Se abre la puerta del ascensor y aparece la subinspectora García, camino de su trabajo. Ella tampoco tiene su mejor aspecto, ojerosa y con los hombros caídos, pero su mirada sigue siendo la de un sabueso. Hace un escaneo metódico del aspecto de Cándido antes de preguntar: ¿Ya está abierto el híper, vecino? Ehhh... sí, sí, digo no, no, está está cerrado todavía, estos me los ha dado un amigo... ¿Con la bandeja sin desprecintar? iQué curioso! Ehhh, sí, sí... es que él los compra por cajas... es tomatómano... Ahhh, está claro, ya lo entiendo... y púgil de boxeo también, ¿no? ¿Esto? No, iqué va!, ha sido una caída tonta... que tenga un buen día, subinspectora.

Cándido tenía su plan en marcha, y era un buen plan, te lo digo yo, que entiendo de esas cosas, rápido, sencillo y eficaz, sin tonterías ni trucos de magia. Lástima que hubiera puesto sobre aviso a una cazadora experta y que se hubiera buscado de compañeros a dos torpes muy torpes...

La nueva supercaja está instalada, los técnicos de la empresa alemana, venidos expresamente para el montaje, piden, más con señas que con palabras, que acuda el Director para hacer los honores. La supercaja no tiene llave ni combinación, está totalmente informatizada. Se abre con una contraseña combinada con un lector de retina. Los técnicos han dejado la caja abierta, D. Aquilino utiliza el teclado de su interior para asignar la nueva contraseña. Luego deja que el escáner digitalice su retina. Cumplido el protocolo, llega el momento de la gran prueba. Los técnicos cierran la caja. En la oficina, todos fingen dedicarse a lo suyo, pero tienen los oídos puestos en la que ocurre junto a la supercaja. Justo en el instante en que D. Aquilino inclina el cuerpo para acercar el ojo al lector retinal suenan las primeras notas de We are the champions. Todo el mundo en la oficina da un respingo, saben que esa música no suele traer nada bueno: es el móvil de empresa del Director, al que generalmente solo le llaman los jefazos de la central para hacerle algún reproche, tras lo cual es frecuente que él descarqué su ira sobre los que considera sus esclavos. Todos agachan la cabeza y, ahora sí, se concentran en su tarea. D. Aquilino muestra el móvil a los técnicos de la supercaja indicando que debe cogerlo, y sale de la oficina. Durante el tiempo que está fuera se hace el silencio. Todos a lo suyo. Los técnicos cuchichean en alemán, solo se oye algún Ja, ja... jawol y asentimientos varios de cabezotas rubias. Entra de nuevo D. Aquilino, guardándose el móvil y haciendo gestos de asentimiento. Se acerca al lector de retina, teclea la contraseña y en el display aparece un mensaje: ERROR THX-1138: Falló el casamiento. Raster del laberinto no reconoce. Los técnicos de la supercaja palidecen. Los jawol se congelan en el aire. Como si de una mente colmena se tratara, tres cabezotas rubias se inclinan a la vez. Parece que la primera linea del manual dijera que se debe mirar el mensaje de error durante cinco minutos. Al cabo de ese tiempo nada ha cambiado, por supuesto. Se inicia entonces una intensa discusión en alemán que nadie en la oficina entiende, pero que sube de tono por momentos. iBasta ya!, grita D. Aquilino cuando se harta. Esta noche es la noche mágica, tendremos aquí más de dos

millones de euros y se ha comprado esta caja expresamente para la ocasión. No hemos contratado servicio de traslado de fondos y ya es demasiado tarde para hacerlo. ¿Me quieren decir qué solución me ofrecen? En un penoso spanglish salpicado de jawol que D. Aquilino traduce por vale, el que parece ser el jefe le dice que se ha bloqueado el lector de retina, algo que no puede ocurrir, es absolutamente imposible, los sistemas de la máquina están triplicados para que nunca jamás ocurra algo así. iPero ha ocurrido!, escupe D. Aquilino y sigue con una inacabable retahíla de recriminaciones salpicadas de insultos groseros. Es más que probable que el alemán no entienda nada, pero aun así baja los ojos y da vueltas con sus manazas a una gorra imaginaria. Supercontraseña dice el técnico aprovechando una pausa de D. Aquilino para tomar aire. ¿Cómo? El técnico explica que existe una supercontraseña que es capaz de abrir todas las cajas de este modelo. Es un recurso de puerta de atrás especial para estas situaciones. El irascible Director está fuera de sí y le ordena que la utilice in-me-dia-ta-men-te. Impósibol explica el técnico, Supercontraseña en Alemania, no se dice por teléfono, no se envía por mail, ni por mensajero, tiene que venir personalmente der Boss der Bosse para abrir la caja con ella... Impósibol antes de tres días, ¿jawol?, ¿jawol? iNo jawol! grita D. Aquilino, iNo jawol!, esto es una catástrofe, les pediré daños y perjuicios, ¿Oué vamos a hacer ahora? Las miradas de los tres técnicos se dirigen a la vieja caja de hierro que, junto a su reluciente y alta hermana cromada, parece más que nunca un feo zapatero. iNo!, se horroriza D. Aguilino, iNo puedo dejar ahí dos millones de euros! Haremos seguro dice el técnico. Empresa pagará, no habrá problem, ¿jawol?, ¿jawol? Sin esperar respuesta coge su móvil y empieza a rugir en alemán. iFernández!, grita a su vez D. Aguilino, llame a los chinos y dígales que hoy no se pueden llevar la caja vieja, que ya les avisaremos.

Por si no lo has pillado, te lo voy a explicar: lo que acabas de leer era ciertamente una catástrofe, pero no para D. Aquilino sino para Cándido, que había planeado al detalle cómo robar la supercaja y que no pensaba dedicar ni una mirada al triste y feo zapatero de hierro.

Tres horas después de que la noche mágica termine, un monstruo antediluviano irrumpe en el aparcamiento desierto arrojando toneladas de humo negro por sus escapes. El viejo Pegaso ha conocido días mejores, jornadas gloriosas en las que sus hermanos transportaban miles de soldados por las orillas del canal de Suez y que le ganaron el sobrenombre de El Egipcio. El Einstein lo ha recuperado para una última misión del pozo sin fondo que es el patio trasero de su taller, aunque no haría mal papel en cualquier película de Mad Max. Los tres hombres cuchichean en la cabina, a pesar de que las ratas huyen ensordecidas por el rugido del diésel a través de los escapes podridos. Sincronizan relojes. Nada de comunicaciones por móvil... ia saber quién estará escuchando! Sincronización militar, esa es la clave, ha repetido El Einstein hasta el aburrimiento. Cándido permanece en la cabina, irreconocible bajo el casco de motorista. Acelera de cuando en cuando para mantener la combustión en el motor, que carga con una década por cada pistón. Han retirado todos los cristales, soldado barrotes en los vanos, que apenas permiten ver nada, y blindado el morro del vehículo. La grúa pluma tras la cabina le da un aire torcido y jorobado. El resultado es de una fealdad profundamente hermosa. Cándido ve a sus dos compañeros abrir la alcantarilla y hacer la señal. Diez minutos justos a partir de ese instante. Diez minutos para la gloria. Legba y El Einstein recorren el bien conocido camino, utilizan las zonas de sombra de las cámaras y llegan a la puerta de la sala de control. El Einstein ciñe en la frente el retal mugriento que una vez fue rojo.

iTres! iDos! iUno! *El Einstein* abre la puerta y Legba entra en tromba. El plan es que *El Einstein* lo siga. Legba hace de distracción y detrás viene el quinto dan de jiu-jitsu repartiendo manteca, el Chuck Norris del siglo XXI, la máquina de matar que parió las técnicas de lucha cuerpo a cuerpo de los *marines*, el maestro Miyagi que todo adolescente confuso (eso vale para Cándido) debería encontrar en su camino..., pero *El Einstein* se queda en el vano de la puerta, cagao de miedo... Legba mira por encima de su hombro, lo ve petrificado de terror y se caga también, pero en todos sus muertos. Está solo frente a dos seguratas que no son moco de pavo: el primero es un armario tan grande como el propio Legba y el otro no se lleva mucho. Por fortuna para él, el consumo proteínico de sus músculos les ha privado de un adecuado crecimiento neuronal... vamos, que son lerdos. Si en lugar de ponerse en pie y quedarse como pasmarotes hubieran cumplido con su protocolo que es dar aviso inmediato a la

central, mal hubiera ido para Cándido y sus colegas, pero si en medio de la peli porno de esta noche (en vez de mirar las cámaras del centro comercial), se abre la puerta de la sala y entra un negro enorme agitando los brazos y gritando marranadas (no entienden nada de lo que dice, pero seguro que son marranadas), es normal que la sangre tarde lo suyo en abandonar la picha y volver a irrigar el cerebro. Legba se aprovecha de ese lapso, se cuela entre los seguratas y la mesa de control y arranca los micros. Eso ha dado tiempo a que la sangre haga su trayecto y los dos cerebros (que apenas hacen uno incluso en las mejores condiciones) comienzan a mandar órdenes. Legba recibe entonces un mazazo en la base del cráneo que se lo deja todo negro. Ha tenido suficientes intercambios de pareceres con la pasma como para saber lo que viene, así que se protege los costados con los codos mientras recupera la visión. Si cae el suelo lo molerán a patadas, así que toca aguantar el castigo. El Einstein sique paralizado en el vano de la puerta, mirando toda la escena con ojos de pánico. La luz vuelve a Legba, el segurata-armario se cruza por delante y aprovecha para tirarle un directo a la mandíbula que lo envía contra las taquillas, pero eso le ha dejado el costado al descubierto y el otro le golpea ahí, duro, lo deja sin aliento. Legba sabe que no va a durar mucho. Luchar nunca ha sido lo suyo, él es Pichagrande y sus cuadriláteros son más mullidos. Ahora, de lo único que tiene miedo es de caer al suelo, porque sabe que es probable que no vuelva a levantarse nunca. Se cubre los costados y el rostro, como un boxeador al borde del KO, pero está al límite. Un rodillazo en los testículos lo quiebra y se derrumba. Ve venir la primera patada, la bota militar con puntera metálica está a un palmo de su vientre cuando un estruendo de terremoto inunda la habitación. Todo vibra, las taquillas se mueven, la lámpara oscila y la bombilla se funde; el segurata detiene su patada, alza la cabeza y ve cómo la pared se viene abajo. El Egipcio irrumpe en la sala de control con su morro blindado y sus vanos cubiertos de barrotes. Antes de que un armario se le caiga encima, su mirada se cruza con la de Cándido y se pregunta por qué está tan asombrado como él. Su compañero queda igualmente inmovilizado bajo los cascotes. Cándido sale de la cabina del Pegaso encendido de ira. ¿Qué coño hacéis aquí? Se supone que estabais en la sala de control, inmovilizando a los seguratas. Pues eso hacemos, responde El Einstein, tú ocúpate de ese, y le pone en la mano un rollo de cinta americana. Cándido ve entonces a los seguratas aprisionados bajo

los escombros, mira a su alrededor y se da cuenta de que está en la sala de control. ¿Dónde está Legba? Voy a matar a ese negro inútil. ¡Qué mierda de plano me hizo? Se suponía que yo tenía que alunizar delante de la supercaja, no en la sala de control, ¿dónde está, que lo mato! Una cosa detrás de otra muchachote, ocúpate del segurata y luego matas a Legba... si sigue vivo... Sí, Legba está vivo, y con más ganas de matar a El Einstein de las que Cándido tiene de matarle a él, pero al viejo, lo que le falta de valor le sobra de labia, y logra que los dos se tranquilicen y dejan la ira vengativa para otro momento. Lo que hay que hacer ahora es buscar la forma de llevar a este chiquitín (palmea la carrocería de El Egipcio) hasta la supercaja. Lo demás son mamonadas. Lentamente hacen recular el camión por el pasillo de destrucción que ha abierto, de nuevo hacia el aparcamiento. Cándido fija su objetivo tres lienzos de fachada más allá de lo que Legba le había indicado y pisa el acelerador a fondo. El Egipcio chirría como las puertas de la casa de la familia Adams, la dirección apenas responde y tras él deja más fluidos que Rambo antes del tercer acto. Consigue tomar el impulso mínimo para hundir la primera pared, la cabina atraviesa la segunda y ahí se gueda atascado. Gritando maldiciones Cándido mete la marcha atrás. Las gigantescas ruedas preparadas para el desierto pisan los cascotes, toma distancia, cambia la marcha, bombea diésel a los pistones... en medio de una nube de hollín suelta el embrague y lanza a El Egipcio por encima de los escombros, derriba completamente la segunda pared y atraviesa la tercera donde se queda varado, pero no importa, la supercaja se encuentra delante de él, justo al alcance de la grúa pluma que la arranca de sus anclajes y la sube a la caja del camión sin esfuerzo aparente. A su lado, el feo zapatero de hierro está abierto. Cándido le echa un vistazo por curiosidad, pero dentro no hay nada. El Egipcio, renqueante, los saca de allí y los lleva hasta el taller de El Einstein donde muere con el estertor agónico de un pistón atravesando el bloque. El Einstein se guita el retal mugriento de la frente y lo deposita sobre el radiador con más delicadeza que en la ceremonia del té. Descargan la supercaja y la meten en el taller. Abrirla costará más de veinte horas de trabajo con el soplete de plasma, así que todos vuelven a su rutina normal y se citan para unos días más tarde.

Por increíble que pareciera, el plan de Cándido funcionó. Ya te dije que los planes sencillos son los mejores, permiten rectificar los errores. Al fin tenían la supercaja donde querían. Ahora solo les quedaba el trabajo sucio de abrirla, cuestión de paciencia, pero claro, tú sabes que los dos millones no están ahí, ¿o puede que sí?

La subinspectora García regresa a la comisaría después de visitar la zona de guerra a que han quedado reducidas las oficinas del centro comercial. La han sacado de la cama temprano, pero tiene un mal aspecto que va más allá del cansancio de un sueño interrumpido. Su cabello negro y encrespado se ha rendido y cuelga en bucles lacios y llenos de canas. La piel entreclara y lustrosa, que tanto gusta a Cándido, se ha trocado en una capa de ceniza gris y quebradiza. Algo en su ánimo emociona como el último retorno a cocheras de un autobús viejo y gastado.

La empresa de seguridad informó por teléfono a D. Aquilino de todo lo sucedido y desde entonces no se ha vuelto a saber de él. Los policías enviados a su casa la han encontrado vacía, con signos de una salida precipitada. Por rutina, Malena ha consultado la información policial sobre el director y se ha encontrado un grueso expediente: drogas y prostitutas en varias ocasiones pero no llegó a juicio en ninguna, se libró con multas. Sospechoso de pederastia, aunque solo coincidencias: se le identificó en distintos parques en los que hubo denuncias. No se pudo encontrar ninguna pista que apuntara a él, pero en el trabajo de Malena las coincidencias no existen. Los empleados del centro comercial le han contado el incidente del día anterior con la supercaja y aseguran que la recaudación de la noche mágica, dos millones trescientos veintiséis mil cuarenta y ocho euros con sesenta y dos céntimos, quedó depositada en la caja vieja. La misma que ha aparecido abierta y vacía. El último en salir de las oficinas, como siempre, fue D. Aquilino. Las cámaras de la entrada confirman que no llevaba ningún bulto o bolsa, y esa cantidad de dinero no se guarda en la cartera. El registro exhaustivo de las oficinas no ha dado ningún resultado. Los agentes que registraban la casa de D. Aquilino han traído a Cándido, que se ha presentado a buscar al director a la hora de costumbre y se ha comportado de forma sospechosa al encontrarse con la policía.

Como ya le he explicado (la subinspectora trata a Cándido de usted, según exigen las normas) estamos preocupados por la desaparición de D.

Aquilino Cardo, quizás haya sido víctima de un secuestro. ¿Ha visto algo sospechoso estos últimos días? Alguien que pudiera seguirlos, algún comentario de D. Aquilino, un estado de ánimo inhabitual.

La subinspectora se reserva toda la información posible. Ni una mención a lo sucedido en el híper. Si Cándido ha tenido algo que ver, es posible que cometa algún desliz. Cándido está blanco como el papel y no sabe qué hacer con las manos. Tan pronto las tiene juntas sobre la mesa, retorciéndose los dedos, como se está mordiendo las uñas. También se toca el chichón de la frente, que resalta como un huevo, y el ojo morado, que empieza a amarillear, luego vuelve a morderse las uñas. La subinspectora anota en su libreta estos signos de nerviosismo.

El tartamudeo de Cándido, al negar que recordara algo desacostumbrado, es tan penoso y su voz tan ahogada que la subinspectora le alcanza un vaso de agua, pero a Cándido le tiembla la mano como si tuviera Parkinson y salpica toda la mesa. Consigue llevárselo a los labios y lo bebe con afán, como un caminante del desierto que encontrara un oasis. Todo queda meticulosamente registrado en la libreta de la subinspectora García, con su letra fina y clara, de niña aplicada, aunque sujetar bien el bolígrafo le resulta cada vez más difícil.

Para Cándido también es un misterio la desaparición de D. Aquilino. Esa mañana, después de dejar la *supercaja* donde *El Einstein*, acudió a la urbanización de D. Aquilino, a la hora de costumbre, y se encontró allí con la policía. Los agentes han informado que al darle el alto hizo intento de huir, pero que se le caló el taxi.

Parece que intentó usted huir cuando vio a la policía en casa de D. Aquilino.

Mee... mmmeee... asusté, so... solté el embrague y y y se caló...

La subinspectora pone cara de que eso lo explica todo y hace otra anotación en su libreta. La entrevista no da para más y Cándido se marcha después de que Malena (lo vuelve a tratar de tú) le agradezca su colaboración y se disculpe por las molestias causadas.

Algo más tarde un agente entrega a la subinspectora un informe que ella lee con atención: la investigación de las cuentas de D. Aquilino ha revelado un dato intrigante: a través de varios intermediarios es el dueño de un bazar chino, el mismo que ha comprado la caja vieja que debían retirar una vez la *supercaja* hubiera quedado completamente operativa.

Como ves, Malena se encontró de golpe con el más inesperado de los sospechosos, pero no sabía dónde encajarlo. ¿Todo era un plan del Director y Cándido era cómplice? ¿Con qué papel? ¿Cándido había secuestrado al Director? ¿Entonces por qué se presentó en su casa? ¿Había algo allí que le interesara? ¿Tú qué opinas? ¿El bazar chino tiene algún papel en todo esto? ¿De cuántos atracos estamos hablando? La caja vieja estaba abierta sin fuerza, pero que eso no te engañe: era un modelo anticuado que ofrecería poca resistencia a un especialista. Malena había estudiado la seguridad y era consciente de que no valía nada y cualquier profesional podía colarse sin problemas hasta la caja, abrirla y salir con el botín en menos de lo que dura un polvo en la peli porno de la sala de control. Pero ¿y lo de arrasar con medio centro comercial para llevarse la supercaja vacía? ¿Qué pasaba con D. Aquilino, había huido, estaba secuestrado o quizás asesinado? De momento, lo único claro para la subinspectora era que no podía perder de vista a Cándido.

Cándido recoge a Legba y acuden al taller de El Einstein. Saben que ha dedicado al soplete todas las horas que ha podido, sin llamar la atención, y hoy les ha enviado un mensaje: La burra va a parir. Dejan el taxi frente a la puerta y atraviesan la nave principal hasta un tinglado lateral en el que se oye el chisporroteo del soplete de plasma. No se percatan de que una sombra ha entrado tras ellos y los sigue con cuidado a través de la sucesión de cobertizos destartalados y atiborrados de chatarra y basura que forman el taller de El Einstein. El brillante cromado de la supercaja ha desaparecido bajo la capa de hollín y escoria que el soplete ha esparcido por doquier. Una fisura de un dedo de ancha recorre todo el contorno de la puerta, que El Einstein ha apuntalado con unos maderos mientras trabaja en el último palmo que le falta. El viejo se sobresalta cuando Cándido le pone la mano en el hombro. El ruido del soplete ha apagado su llegada. La suya y la de la sombra, que se mantiene oculta tras los cacharros y trebejos que inundan el almacén, pero sin perder detalle. Se hacen a un lado para dejarle terminar. El arco de plasma muerde el último trozo de acero y los puntales de madera se comban por la presión de la enorme puerta. El Einstein toma un mazo de picar piedra, se pone todo lo lejos que puede, alza el mazo y lo deja caer en un arco amplio que se lleva por delante los puntales al tiempo que él da un paso atrás. Durante un instante que se dilata, los tres, más la sombra, ven la

puerta en vilo, como dudosa de si caer o no. Al fin se percibe un leve temblor, una inclinación cada vez, mayor, ya cae, ya cae... Cándido toma de las manos a los otros dos y se las aprieta con fuerza. Son dos millones murmura. Todo el tinglado se estremece cuando la gruesa plancha de acero impacta contra el piso. Las paredes ruinosas parecen a punto de venirse abajo. Los cuchillos que sostienen la cubierta se estremecen y se desprende el revoco del techo. La vibración lanza al aire toneladas de polvo milenario que ocultan la visión del interior de la supercaja. Cegados y asfixiados, Cándido y los otros dos se acercan a la supercaja mientras tosen y se frotan los ojos. La sombra también pierde la visión, mientras ahoga como puede la tos delatora. Cuando la recupera, no da crédito a lo que ven sus ojos: Cándido, Legba y El Einstein bailan una danza mientras se tiran de uno a otro paquetes de billetes envueltos en plástico transparente. Hay muchos de esos paquetes esparcidos por el suelo y más, muchos, muchos más, dentro de la destripada supercaja, perfectamente alineados. O sea que estaba aquí, siempre ha estado aquí... murmura la sombra para sí. La alegre danza de la victoria se ve interrumpida por el ulular de la sirena de la policía. Los tres cómplices se miran asombrados y un segundo más tarde echan a correr desaforados. La sombra se queda inmóvil, sorprendida, sabe que algo no encaja y espera acontecimientos. Poco después aparece D. Aquilino Cardo. Con rapidez recoge los paquetes de billetes esparcidos por el suelo y los mete en la enorme mochila de alpinismo de la que viene provisto. Esto se empieza a aclarar se dice la sombra.

El Einstein guía a sus compañeros por un dédalo de pasadizos entre la chatarra y los trastos hasta salir al exterior por una puertecilla lateral. Se sigue escuchando la sirena policial, pero ahora más apagada. ¿Qué hacemos ahora?, lloriquea, yo no quiero morir en la cárcel. ¡Calla!, responde Cándido, aquí hay algo que no me cuadra. Con precaución, rodeando el edificio, los conduce hasta la entrada principal, donde la sirena de su taxi atrona el espacio en total soledad. Cándido mira a los otros dos con intensidad y les lanza: ¡Vamos! ¡Ese dinero es nuestro! Atraviesan la nave principal con paso firme e indignado, tuercen para ir al tinglado lateral y al poner el pie allí escuchan un disparo. Legba y El Einstein están a punto de echar a correr, pero Cándido los sujeta de la ropa y los tres juntos avanzan hacia donde se encuentra la supercaja. Allí los aguarda la subinspectora Malena García y, a sus pies, nunca mejor dicho, el cadáver de

D. Aquilino Cardo, junto a la mochila, llena a reventar. A la vista no queda ni un solo paquete de billetes. La pistola, todavía humeante, apunta a los tres desgraciados metidos a atracadores, que alzan las manos antes de que la subinspectora abra la boca.

Os voy a explicar lo que ha pasado aquí, conviene que lo sepáis exclama ella. A los tres les suena a sentencia de muerte, El Einstein gime y le tiemblan las piernas. Este cerdo putero y pederasta lo había planeado muy bien. Antes de la última prueba de la supercaja fingió una llamada urgente y salió de la sala durante unos minutos que aprovechó para hacer algo que provocó el fallo del lector de retina. Quizás se aplicó un dilatador de pupila o usó algún tipo de lentilla, el caso es que hizo creer a todo el mundo que la supercaja había quedado inutilizada. Después de que la recaudación de la noche mágica quedara guardada en la caja vieja, fue el último en marcharse, como siempre, pero antes trasladó el dinero a la supercaja y dejó la otra abierta para fingir un robo. A la noche siguiente, cumplida la investigación policial, devolvería el dinero a la caja vieja y avisaría a los del bazar chino, que no era más que una tapadera suya, para que vinieran a llevársela. Pero tú destrozaste su plan, Cándido. A parte de todo lo demás, era un bocazas y le encantaba sentirse superior. Tú eras la única persona en el mundo que creía que aquella noche la supercaja contendría dos millones de euros, y él lo sabía, así que se borró del mapa para tener libertad de movimientos y se dedicó a seguirte y a esperar que pusierais el dinero a su disposición.

Y ahora que lo hemos puesto a la tuya, vecina, nos matarás y te lo llevarás todo, se queja Cándido.

iTe lo merecerías por *tonto*!, le grita la subinspectora, pero ¿tú te crees que si os fuera a matar os daría todas estas explicaciones! ¿Tú crees que a este hijo de la gran puta le di alguna! iNi me vio venir! Si os lo explico es porque os necesito, así que es vuestro día de suerte por partida doble. Escúchame Cándido: tengo leucemia, me la han diagnosticado hace unas semanas y avanza muy deprisa. Tiene cura, pero no aquí, no con el seguro médico de una policía. Me pueden curar en Estados Unidos, pero eso cuesta dinero, mucho dinero. Este es el trato: cuatro partes, creo que yo me he ganado la mía. Dentro de poco estaré demasiado enferma como para ocuparme de tejemanejes financieros, así que tú te encargarás de todo. Lanzaremos una campaña de esas para recaudar fondos contando mi caso y tú te encargarás de que haya suficien-

tes pequeñas donaciones anónimas como para pagarme el tratamiento. Con seiscientos mil euros debe ser suficiente, y no quiero nada más. Eso, o vamos todos a la cárcel. Yo no llegaré ni al juicio.

Todo salió a pedir de boca: cuando descubrieron a D. Aquilino, El Einstein se convirtió en el principal sospechoso de todo. Que se había compinchado con el director y que luego hubo problemas en el reparto fue la hipótesis que se impuso. Para entonces yo le había facilitado contactos e información suficiente como para desaparecer de forma eficaz. Nada le relacionaba con Cándido ni con Legba. Los chicos cumplieron con su parte a rajatabla y más. De no haber sido por ellos no lo hubiera logrado, ni con todo el dinero del mundo. Cuando por fin me dieron el alta, Cándido estaba esperándome y ¿sabes qué te digo?, que mi Candi folla más y mejor de lo que me decía Rosa, mi ex-vecina, solo hay que saber incentivarlo (bueno, y unas lecciones de Legba, que también han ayudado).